

SONETOS DE LA SOLEDAD

MARCUS OROZCO

1.

Tendida sobre el brazo quebradizo,
caderas ojivales, perezosa,
cabello destrenzado, piel gozosa,
la cúspide del pubis sin un rizo.
Pudiera hacer amor y no lo hizo.
Quizá porque el hacer es sinuosa
vereda, vericueto, y turbia rosa
traslúcida es amor, y bebedizo.
Entrega al sol el vientre, funden rayos
sobre la piel invicta, reflexionan
deseos en los muslos entreabiertos.
Y un hondo frenesí florece mayos
turbados, y la cúspide coronan
gemidos sin dolor, sin muerte muertos.

2

La dama se desviste tan despacio
que el aire mismo es hálito. Detiene
la envidia del espejo. Pronto viene
la breve habitación a ser espacio.
Nacara luz el cuerpo, si topacio,
del blanco al oro carne. Sobreviene
la tersa agitación de miembros. Tiene
la dama el torso mórbido. No lacio
cabello desenreda, enredadera
tenaz el vientre, prótasis la boca
pendiente de placer. Dedos y furia
dulcísima. La dama es ya pantera
de salto inaplazable. Se desboca
la apódosis final de la lujuria.

3

Indolente reposa. La mañana
trasmuta cuerpo y luz sobre la alfombra
del suavísimo vientre. Huye la sombra
por el hueco carnal de la ventana.
Sosiego y resplandor en la solana
donde la dama yace. Y una alondra
-la urdimbre de los miembros- que se asombra
y emite su gorjeo de porcelana.
Sublime frenesí la elevó al alto
placer de terciopelo satisfecho,
que altura y levedad de goce es gozo.
Y el cuerpo languidece tras el salto
del ansia, sorprendida en el estrecho
laberinto del grito y del sollozo.